

José Luis Villacañas Berlanga: *¿Qué imperio? Un ensayo polémico sobre Carlos V y la España imperial* (Editorial Almuzara, S.L., abril, 2008, 462 páginas).

Andrés González Gómez,
I.E.S. Doctor Balmis, Alicante

Se ofrece una reseña del libro *¿Qué imperio? Un ensayo polémico sobre Carlos V y la España imperial* (Editorial Almuzara, S.L., abril, 2008, 462 páginas), que es obra de José Luis Villacañas Berlanga (Úbeda, 1955), catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Murcia.

1. El contenido del núcleo de la obra (orden de la investigación).

El contenido del núcleo de esta obra se nutre de materiales procedentes de proyectos de investigación distintos en los que el autor de la misma está involucrado. Por un lado, el proyecto de investigación “HUM2005-01063/FISO del Ministerio de Educación y Ciencia” que se desarrolla “en el seno de la *Biblioteca Virtual Saavedra Fajardo del Pensamiento político hispánico*”, proyecto desarrollado por un “equipo de investigación” con cuyos miembros el autor de la obra reconoce estar “en deuda intelectual” (p. 12); y por otro lado, “los proyectos” desarrollados en la Universidad de Aberdeen por Alberto Moreiras, al que el profesor Villacañas dedica su obra (p. 13).



2. El desarrollo del cuerpo de la obra (orden de la exposición).

El exterior del núcleo es el que ha determinado el desarrollo de su contenido en forma de un “ensayo polémico”. Este exterior envolvente del núcleo está constituido por “la historiografía estándar sobre el reinado de Carlos” (p. 12), un cuerpo de doctrina que se habría desarrollado, al amparo de una determinada “política cultural no científica”, como una “ideología imperial española”, en cuyo interior las discusiones entre maestro y discípulos resultan ser “estériles” (p. 24) debido a que éstos últimos (en decadente “descenso productivo” (p. 15)) no hacen otra cosa que no sea disputarse “la herencia pública, la visibilidad, y la aureola de una tradición” (p. 15). El resultado que arrojan estas disputas escolares es por ello, según el autor, una ideología que “rezuma



nacionalismo cultural” (p. 24), “una mezcla ambigua de chovinismo y xenofobia contra la idea europea y extranjera de la institución imperial” (p. 17). El maestro es Menéndez Pidal y sus discípulos más distinguidos, en decadente “descenso productivo” (p. 15), José Antonio Maravall, Manuel Fernández Álvarez, Gustavo Bueno y José Manuel Millán (p. 12).

3. El argumento de Pidal.

El núcleo a partir del cual se habría desarrollado el cuerpo de esta ideología imperial española, lo sitúa Villacañas en el contenido de una conferencia pronunciada en la Habana por Ramón Menéndez Pidal en el año 1937. La conferencia de Pidal contaba con “apenas treinta páginas” (p. 17), pero su “tesis básica”, “la radical influencia hispana de la idea imperial de Carlos” (p. 16), “pronto fue seguida por un autor franquista como Ricardo de Arco y Garay, quien ofreció un grueso volumen para demostrar que esta idea imperial recorre nuestra literatura de arriba abajo” (p. 17).

Como es lógico, el contenido de este núcleo y su posterior desarrollo también vendría determinado desde el exterior del mismo:

cuando vamos al estudio originario que ha fecundado la visión española del momento imperial, nos damos cuenta de que se trata de una frivolidad intelectual. En efecto, la cima científica que nutre esta formidable tradición, apoyada en el nombre intocable de Menéndez Pidal, no es sino la reacción ante un gran historiador, Karl Brandi, un hombre formado en la tradición de Leopoldo Ranke y que había dado su primera visión del káiser en la revista que fundara este gran historiador de la Razón de Estado, el *Preussische Jahrbücher*, en 1928. Luego, un poco antes de la conferencia de Pidal, en 1933, Brandi había editado un estudio sobre Carlos y Gattinara, *Der Kaiser und sein Kanzler*. Contra esta obra, la única que cita se dirigió Menéndez Pidal. De hecho, el gran libro de Brandi, *Kaiser Karl V*, sólo vería luz en 1937, en la misma fecha en que se pronunciaba la conferencia fundadora. Sin embargo, la visión de Pidal se consideró definitiva, sin entrar a valorar esta obra posterior del autor alemán (p.18).

Según el profesor Villacañas, Menéndez Pidal habría tejido su argumentación contra Brandi partiendo de una suposición falsa:



que hay “dos tipos de imperio”, el de Gattinara y el del Carlos español, y que además ambas ideas estarían enfrentadas. La de Gattinara queda expresada según la fórmula de la *monarquía universal*. Su idea básica consiste en la aspiración al señorío del mundo y, por eso, el emperador debe adquirir más y más territorios. Los consejos del canciller, así, propondrían conquistas en Francia, como el Delfinado, o en Italia, como los territorios papales. Al contrario, la idea española de Mota, o la de Hugo de Moncada, era “el imperio cristiano”, el “imperio de la paz cristiana”. La primera idea era belicista, la segunda pacifista. La primera resbala hacia la tiranía, mientras la segunda se niega a todo acto de usurpación. La primera, a la que es sensible Brandi y Ranke, se rige por la Razón de Estado, algo extranjero y maquiavélico; la segunda, por una idea de imperio como aliado y colaborador de la Iglesia, aunque a veces implique saquear Roma por el bien del papa (pp. 22-23).

Asumido el supuesto, el planteamiento de la cuestión por parte de Pidal sería el siguiente: “Su ideal imperial no lo formó al dictado de su canciller, sino más bien de espaldas a su canciller. Él pensó de su imperio por sí mismo muy pronto, sin esperar el dictado de nadie, con sentimientos heredados de Isabel la Católica, madurados en Worms, en presencia de Lutero, y declarados públicamente con la colaboración de escritores españoles: Mota, Valdés, Guevara” (MP, 28).

Según Pidal “Karl Brandi (...) cree que hasta 1528, es decir, hasta nueve años después de ser rey, no completó Carlos su idea imperial (...). Pero yo, por el contrario hallo...”. El profesor Villacañas procede a resumirnos, a continuación, el contenido de los hallazgos de Pidal:

Primero: “que las ideas de Carlos eran muy diferentes a las de su canciller Gattinara, y que no se perciben sólo a partir de 1528, sino desde su misma entrada en España, en el primer momento de las Cortes de la Coruña de 1520 (...) esa primera idea imperial no le fue cuchicheada al oído del emperador por sus agentes flamencos, “sino sugestionada por la elocuencia de Mota”. Pidal – prosigue Villacañas – necesita ocultar que Mota, de cuchichear algo al oído de Carlos, sólo pudo hacerlo en francés, idioma que el obispo conocía bien” (p. 19).

Segundo: que Carlos en un “recuerdo confuso, acaso subconsciente” (MP, 19), invocó a sus antepasados (su abuela Isabel la Católica) en su defensa de la Cristiandad frente a Lutero en la Dieta Worms de 1521.

Sugestión, recuerdos inconscientes, aquí se revela la naturaleza de sus pruebas. No parece inapropiado hablar de síntomas en todo esto (p. 20).



Tercero: que el Saco de Roma representaba “ el gran avance que, sometido a la redacción de Valdés, daba a la idea imperial de Carlos V, poniendo los deberes católicos o universalistas del imperio por encima de los intereses del papa mismo (...) conduciendo simultáneamente al papa hacia la concordia católica y a los luteranos hacia el papa” (MP, 23). “Carlos comprendió que su imperio debía ser hispano. Pero su aspiración más básica, católica y española, fue “armonizar su política y la del papa dentro de los intereses universales” (MP, 13) en (p. 23)

Conducir al papa a la concordia con los luteranos es una idea imperial muy sugerente, pero si esa es la idea específicamente hispana del imperio, entonces tenemos que preguntarnos qué hay de la doctrina gibelina que está en su base. ¿Quiere decir Pidal que la idea *específicamente hispana* de imperio, la de Mota, Guevara y Valdés, era esta idea gibelina, de dudosa ortodoxia, directamente extraída de Marsilio de Padua y de Dante, que confería poderes espirituales al emperador y le encomendaba la tarea de dirigir la ortodoxia de la Iglesia? Menéndez Pelayo era más coherente al señalar que el extranjero, era acaso Valdés, a quien describió quizá injustamente como un fanático erasmiano (pp. 20-21).

Cuarto: “que el discurso de Madrid de 1528, en el que Carlos declara que ha de viajar a Italia para recibir la corona y para persuadir al papa de la conveniencia de convocar Concilio General. Pidal, analizando el estilo de esta reseca comunicación oficial, concluye que este discurso está escrito por el florido Guevara. La tesis dice que la esencia del discurso consiste en identificar el imperio de Carlos con la pretensión de conservar lo heredado, sin tomar algo ajeno. Pidal dice que “estos conceptos, al pie de la letra, se hallan en el *Reloj de Príncipes*” y que además son contrarios a Gattinara (MP, 27)” en (p. 21).

Quinto: “que Hernán Cortés, en su *Segunda Carta de Relación*, le ofreció un imperio “con título y no menos mérito que el de Alemania” (p. 21).

Conclusión:

Sentada esta visión de las cosas, Menéndez Pidal puede concluir que “Carlos V se ha hispanizado ya y quiere hispanizar a Europa (...) propaga hispanidad por toda europa” (MP, 28-29). Frente a Elías de Tejada, que veía esta empresa de forma clara como un combate contra Europa, Pidal, que aquí sigue a Ortega, considera que el futuro político pasa por la unidad europea, “por esos Estados Unidos de Europa que



hoy tan ansiosamente se desean. Para Pidal, el primer político que creyó en esta unidad fue Carlos V (p. 22).

Esta “visión de las cosas” es globalmente, según el profesor Villacañas, la misma que comparten Salvador de Madariaga (*Retrato de carlos V*), Manuel Fernández Álvarez (*Carlos V, un hombre para europa*), J.A Maravall (*Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*) y Gustavo Bueno (*España frente a Europa*), éste último recogiendo “la vieja tesis de Elías de Tejada” (p. 17):

Y cuando, aprovechando la oportunidad política que ofrece una España tensa y sobrecargada, en la que ha desaparecido de la escena pública casi por completo todo compromiso con la verdad, Gustavo Bueno, un autor agudo y un poco excéntrico, ofreció su idea sobre la España imperial, acabó por recoger la vieja tesis de Elías de Tejada. Entonces pudimos ver, sorprendidos, y en sospechosa coincidencia con la época de cierta reedición de una política imperial, cómo se podía escribir un libro en el que se volvía a hablar de la lucha histórica de España contra Europa. Allí, sin embargo, el polémico profesor Gustavo Bueno se atuvo a la idea de Menéndez Pidal (p.17).

4. El argumento de Villacañas.

En su obra, el profesor Villacañas argumenta contra esta “visión de las cosas”. Así que, si es cierto que el pensamiento filosófico es un modo de pensar que se caracteriza por ser un pensar en guerra, porque la disciplina filosófica exige siempre necesariamente pensar sistemáticamente contra otros “atacando” (p. 12) sus doctrinas, pues entonces no cabe duda alguna de que el procedimiento seguido por el profesor Villacañas en la elaboración de su obra es un ejemplo admirable del proceder dialécticamente característico de ese modo de pensar que llamamos filosofía.

Su hipótesis de partida es esta:

Si el verdadero poder constituyente es el que forja un sistema de Estados, como sucede en el caso europeo, entonces Castilla, hacia 1520, tras la gobernación de Fernando II, se desplazaba de forma vertiginosa hacia la periferia del sistema, ocupada en problemas angustiosos (p. 37).



Para probar esta hipótesis, el profesor Villacañas se propone demostrar a lo largo de su obra que:

a) las ideas sobre el imperio cristiano no eran ni propias ni exclusivas de una nación europea, ni tal cosa existía por aquel entonces. De hecho, el imperio de los Austrias constituye la mayor fuerza conocida contra las nacionalidades y sólo las fuerzas que lo resistieron con éxito forjaron algo parecido a una nación. La idea de imperio, en positivo, pertenecía a muchas elites políticas que venían operando desde la toma de Constantinopla de 1453. Las posiciones a favor o en contra no venían determinadas por naciones, sino por las relaciones de fuerzas internas de los cuerpos políticos. La política imperial no se había inventado con Carlos V, sino que se había reactivado en una situación específicamente nueva desde Federico III y Maximiliano, el abuelo de nuestro César. En suma, el asunto del imperio era una cuestión europea y jugaba dentro de las polémicas relaciones políticas del sistema de poder europeo. Si Carlos V fue un personaje de incuestionable dimensión europea no se debió a que tuviera un proyecto para Europa, sino al hecho de que lo encarnó y lo heredó, pues la política ya desde mucho antes tenía esa dimensión continental. Sólo alojados en este contexto y esquema de problemas e ideas –que él no había forjado, sino asumido– los trabajos y fortunas del káiser obtienen su preciso significado. Sólo desde la *ratio* política europea, no hispana, se comprende el juego de tradición e innovación (p. 24)

b) la gente pensaba en una cosa muy lejana al asunto del imperio. Ninguno de los agentes de Carlos pudo convencer a los paisanos de Castilla de que el imperio les concernía de manera central. Ellos tenían otros problemas urgentes e inaplazables. Barcelona fue otra cosa, desde luego, y desde el principio comprendió la oportunidad del imperio para dejar atrás su marginación y su ruina anterior (p. 37).

5. La estrategia.

a) ofensiva.

El profesor Villacañas nos ofrece deliberadamente en esta obra una “versión fragmentada del reinado de Carlos” (p. 12). Es decir, que la obra ni pretende “ofrecer una imagen nueva del tiempo de Carlos V” ni tampoco busca ofrecer “una interpretación definitiva del periodo” (p. 11). El profesor Villacañas ataca las opiniones y los relatos de la “teoría dominante” (p. 17) lanzando sobre ella una serie de



ensayos que hacen “entrar en escena a muchos hombres y obras que apenas son citados” (p. 12) por los autores pertenecientes a ella:

Así, el índice de este libro analiza autores que representan tipos humanos característicos de la época de Carlos. Se concentra en comuneros, como Ayora; humanistas como Vives; juristas como Miguel Ulzurum; erasmistas como Bernardo Pérez de Chinchón; canonistas, como Alfonso Guerrero; predicadores como Bernardino Ponce de la Fuente; pintores como Tiziano, y santos como Ignacio de Loyola (p.12).

Así pues, cabe interpretar los ensayos de los que se compone esta obra como fragmentos de metralla de una bomba dirigida contra el núcleo mismo de la “ideología imperial española” (p.12). Fragmentos que se dispersan alcanzando a todas las capas del cuerpo de dicha ideología.

b) defensiva.

Si los partidarios de esta “ideología dominante” no responden al ataque lanzado repeliéndolo tras asimilarlo, entonces el profesor Villacañas prevee replegarse defensivamente en los contenidos del núcleo de su investigación, con el objetivo de llevar a cabo desde ellos una tarea de reforma completa de los estudios carolinos:

A los defensores de la doctrina estándar les toca, si hay todavía honestidad intelectual en España, integrar esta visión en el relato propio o por lo menos discutirla. Sin embargo, no creo que esta operación de ajuste sea posible. Por eso, creo que lo mejor sería renovar los estudios carolinos de arriba abajo y abandonar para siempre la megalomanía nacional respecto a nuestro pasado imperial. Por eso el título general de este libro hace referencia a la necesidad de abandonar la ideología imperial española (p.12).